

soberbia, era más bien un elemento decorativo que una fuerza.

El estampido del trueno de 24 de febrero despertó las almas ya medio adormecidas. Los realistas representan en Francia el elemento social más estable, es decir, la propiedad territorial; de aquí que, en los momentos de peligro, la opinión vuelva á ellos sus miradas, sin perjuicio de olvidarles en cuanto el peligro cesa. Los legitimistas fueron muchos en la Constituyente y aún más en la Legislativa; entonces renació la esperanza y con ella la actividad, acudiendo en 1849 á Ems gran número de franceses para saludar al presidente. Considerándose la República como un régimen provisional, pensóse en hacer salir de ella la monarquía.

La misma crisis que había arrancado de su sopor al partido legitimista había arrojado á Luis Felipe á tierra extranjera. El monarca destronado se había refugiado en el castillo de Claremont, que era de propiedad del rey de los belgas y estaba situado no lejos de Londres; allí, todos los dolores cayeron á la vez sobre la familia real. Había ésta acariciado la ilusión de que el destierro no sería definitivo, pero esta esperanza duró poco, pues en 26 de mayo de 1848 un decreto de la Asamblea constituyente pronunció el destierro de los Borbones de Orleans. A esta privación de patria juntáronse verdaderos apuros materiales, á consecuencia de haber sido secuestradas las propiedades del rey, y por si todo esto no era bastante, las enfermedades colmaron la medida. Hubo hasta un momento en que se llegó á temer por la vida de la reina María Amelia, y cuando estas inquietudes se calmaron, reconocieron en la soberana de los belgas los primeros síntomas del mal que dos años después debía llevarla al sepulcro. Además, los príncipes, acostumbrados al movimiento de la vida militar, se consumían en una inacción intolerable para su carácter más que para su edad. Aquellos proscritos ni siquiera tenían las ilusiones que comúnmente endulzan las tristezas del destierro: Luis Felipe no sólo no veía la posibilidad de un cambio favorable para él, sino que dudaba de que el porvenir se mostrara propicio á sus hijos, y á los que trataban de animarle haciéndole concebir esperanzas les contestaba: «Todo es posible en Francia: el conde de París lo mismo que el conde de Chambord, y el conde de Chambord lo mismo que los Bonaparte; pero nada durará, porque ya no existe el respeto (1).» Quizás cuando se expresaba en tales términos sentía, en lo más recóndito de su alma, no haber defendido en ciertas ocasiones ese principio de autoridad cuya debilitación tan funesta era para su patria. Los únicos consuelos de los desterrados eran las uniones de familia, los progresos de los niños que iban creciendo y las visitas de los franceses que en 1849 acudieron á ofrecer sus respetos al destronado monarca. A mediados de aquel mismo año, la duquesa de Orleans, que desde el 24 de febrero vivía retirada en Eisenach, llegó á Inglaterra con sus dos hijos, siendo aquella visita una gran alegría en medio de tan amargas desdichas.

La desgracia es fecunda en enseñanzas. El más puro patriotismo inspiró una combinación difícil de realizar, pero que merecía ser intentada. Los huéspedes de

(1) M. Trognón, *Vie de la reine Marie-Amélie*, pág. 368.

Frohsdorf y los de Claremont, que con un intervalo de diez y ocho años habían sido víctimas de las mismas fatalidades, pertenecían á la misma raza real, y aun cuando la revolución de Julio los había separado violentamente, unos y otros sentían igual amor por Francia y de igual modo se preocupaban de su grandeza y de sus legítimas libertades. El conde de Chambord, casado desde hacía algunos años, no tenía hijos. La comunidad de sufrimientos ¿no sería bastante á reconciliar á unos príncipes tan dignos de unirse y de comprenderse? Con esta reconciliación el conde de Chambord tendría la única cosa que le faltaba, herederos jóvenes y populares, capaces de perpetuar su familia; y los príncipes de Orleans, prestando acatamiento al jefe de su raza, reanudarían en provecho propio la tradición monárquica, momentáneamente perturbada ó desconocida. En cuanto á Francia, la unión de toda la familia real le ofrecería una probabilidad inesperada de recobrar, Dios mediante, la monarquía representativa, liberal y nacional. Estas tentativas de reconciliación se designaron con el nombre de *fusión*.

Un antiguo ministro de la monarquía de Junio, M. de Salvandy, se constituyó, desde el otoño de 1849, en abogado de la *fusión* cerca de Luis Felipe, y el anciano rey acogió aquellas indicaciones con un doble sentimiento de sincera benevolencia y de triste incredulidad. «Mi papel en este mundo ha terminado, respondió, y el asunto sólo puede interesar á mis hijos: éstos, en mi concepto, han de estar siempre dispuestos á la reunión; pero, en mi concepto también, tal reunión no se efectuará jamás porque los de la otra parte nada harán para hacerla posible (2).» En la primavera siguiente, M. Guizot, que había ido á Inglaterra para expresar los mismos deseos, encontró al monarca en disposiciones casi análogas, aunque algo menos descorazonado. «No hay en Francia, dijo, con qué hacer dos monarquías, y para restaurar una no son ciertamente demasiados dos partidos monárquicos reunidos en uno solo. Mi nieto no puede ser rey legítimo más que por la abdicación ó por la muerte del duque de Burdeos.» Y añadía al propio tiempo que no había sonado aún la hora de la acción, que ni el presidente ni la República estaban todavía gastados y que no quedaba otro recurso que esperar y preparar poco á poco el porvenir (3). La reina María Amelia deseaba ardientemente la reconciliación, tanto por simpatía hacia el joven conde de Chambord cuanto por deferencia á la duquesa de Angulema; pero tampoco tenía gran confianza en la eficacia de tan honradas tentativas. La duquesa de Orleans manteníase en una reserva más bien hostil que favorable, pues le repugnaba contraer ningún compromiso que pudiera comprometer los derechos y el porvenir de sus hijos. La reina de los belgas era contraria á la fusión y lo propio M. Thiers, quien consideraba que sobre la rama primogénita de los Borbones pesaba una impopularidad irremediable.

En Frohsdorf, la situación no era menos delicada, pero sí más sencilla. El conde de Chambord, en su calidad de jefe de la casa de Borbón, no podía hacer otra cosa que esperar las gestiones que cerca de él se intentaran, y todo lo más que le estaba permitido era

(2) M. Trognón, *Vie de la reine Marie-Amélie*, pág. 467.

(3) *Cartas de M. Guizot á madame Augusta de Gasparin* (25 de junio de 1850), á M. de Barante (9 de julio de 1850).

manifestar sentimientos á propósito para apresurar ó facilitar aquellas gestiones. No cabía dudar de sus disposiciones personales respecto de esta cuestión, desde el momento en que se le atribuía la siguiente frase: «Si dan un paso hacia mí, yo daré diez.» En realidad no pensaba en eclipsarse ni en abdicar: «Se abdicar derechos, no deberes,» había contestado en 1849 á M. de la Rochejaquelein, que aludía á ciertos rumores que habían circulado (1); pero, salvada su dignidad, el príncipe deseaba una reconciliación, y la deseaba por patriotismo, por espíritu de familia y por espíritu cristiano. Hablaba siempre de sus parientes con la más perfecta cortesía, siguiendo en esto el ejemplo de su abuelo Carlos X, siempre indulgente y bueno, aun en los tiempos de su desgracia. Pero desgraciadamente el partido legitimista no se conformaba siempre con esta reserva equitativa y política.

Así se llegó al año 1850, y aun antes de que sonara la hora de la suspensión de sesiones, los legitimistas, como hemos dicho, pensaron en dirigirse á Alemania y los orleanistas á Inglaterra.

El conde de Chambord había salido de Frohsdorf en el mes de julio, y después de haberse detenido en Viena, Berlín, Hannover y Colonia, llegó en 10 de agosto á Wiesbaden en donde se proponía pasar tres semanas. Allí recibió inmediatamente á sus amigos de Francia que en gran número acudieron á saludarle: eran aldeanos de la Vendée y bretones vestidos con el traje tradicional de sus provincias; obreros de París que ofrecían al pretendiente los productos de su industria, comerciantes de Lilla y de Roubaix, algunos nobles y varios sacerdotes. Los representantes eran treinta y seis, y entre ellos estaban Berryer, Benoist-d'Azy, Vatimesnil y la Rochejaquelein. Uno de los visitantes que más llamó la atención fué M. Vesin, miembro de la Asamblea legislativa y afecto á la dinastía de Orleans. Calculóse en un millar el número de los peregrinos del destierro y aunque esto era poco para Francia, fué lo bastante para animar la ciudad de Wiesbaden y sobre todo para permitir al príncipe forjarse la ilusión de la popularidad.

Estas reuniones en torno de los pretendientes desterrados dan ocasión á que las abnegaciones se afirmen, pero raras veces son fecundas en resultados políticos. M. de Salvandy, que había ido á Wiesbaden, celebró con el conde de Chambord una larga entrevista en la que se discutieron seguramente las probabilidades de éxito de la fusión. El punto principal que discutieron el príncipe y sus amigos fué la doctrina del *llamamiento al pueblo*. Uno de los miembros de la Asamblea, M. de la Rochejaquelein, había emitido en otro tiempo la opinión de que era preciso dejar á la nación el cuidado de decidirse entre la legitimidad y la República, procedimiento que había propuesto al Parlamento (2) y desarrollado en la prensa y que defendía con el ardor tenaz é indisciplinado que le era familiar. El conde de Chambord, sin embargo, no vaciló en condenar esta política y en 31 de agosto reunió por última vez á sus partidarios, y después de recomendarles, con mucho talento, la firmeza en los principios y la moderación res-

(1) M. de la Rochejaquelein, *Trois Questions soumises à la nation*, pág. 53.

(2) Véase *Monitor* de 1850, pág. 1018.

pecto de las personas, despidióse de ellos y regresó á Frohsdorf.

También Claremont tuvo sus visitantes, pocos en número, pero muy fieles. Con motivo de la primera comunión del joven conde de París, reuniéronse en 20 de julio de 1850 en la capilla francesa de Londres algunos de los más leales amigos de la familia proscrita: fué aquella la fiesta de la infancia, de la religión y del destierro, y bajo estos tres conceptos resultó especialmente conmovedora. Todas las miradas se fijaban con enternecido respeto principalmente en el anciano rey, cuyo semblante alterado y cuyo paso vacilante anunciaban su próximo fin: tal previsión debía, por desgracia, realizarse muy pronto. Desde hacía algunos meses, las fuerzas del monarca declinaban con espantosa rapidez; en 25 de agosto el mal se agravó hasta el punto de hacer perder toda esperanza de retardar el fatal desenlace, y Luis Felipe, rodeado de todos los suyos, recibió los últimos sacramentos y al día siguiente falleció. Al enterarse de su muerte, todos los familiares de la casa de Orleans, los antiguos servidores de la monarquía derribada, consideraron como un honor el tributar los últimos deberes al príncipe á quien conocieran en los días de prosperidad y se encaminaron en peregrinación á Claremont, impulsados más por el afecto que por la política. El día 2 de septiembre los restos mortales del rey recibieron sepultura en la capilla de Weybridge.

En medio de estos viajes y de estas emociones, seguía pendiente una cuestión, la de la *fusión*. De momento parecía que la muerte del anciano monarca sería una coyuntura propicia para la reconciliación de las dos familias reales. Cuando murió Luis Felipe, el conde de Chambord se encontraba todavía en Wiesbaden, adonde llegó la noticia primero por una carta de Inglaterra y luego por el *Diario de Francfort*. El jefe de la casa de Borbón mandó inmediatamente celebrar unos funerales á los que invitó á todos los franceses reunidos á su lado y asistió no con la afectación de un falso dolor, sino con triste recogimiento. Además encargó á M. de Salvandy que fuera en su nombre á dar el pésame á la reina, comportamiento noble que el partido orleanista apreció como se merecía: «Esta piadosa solicitud, decía el *Journal des Débats*, favorecerá mejor que todos los planes la causa de la fusión (3).» Sucedió además que Luis Felipe, tan calumniado en vida, encontró después de su muerte un comienzo de justicia: al fin Francia se dignó acordarse de aquel príncipe á quien no había sabido defender ni conservar. Se recordó la conquista de Argelia, el embellecimiento de Versalles, el mantenimiento de la paz, el enriquecimiento del país y el amparo de las libertades públicas; se supo que aquel monarca tan acusado de avaricia había sido tan generoso como cualquier otro soberano cuando el interés general lo exigía; se contempló con tristeza y casi con remordimiento aquella tumba levantada en tierra extraña, única recompensa á tanta moderación; y se comparó con los días dichosos de la monarquía constitucional todas las ansiedades que le sucedieron, las calles ensangrentadas, las pasiones reavivadas, la Europa perturbada, el presente precario y el porvenir incierto. Todos los espíritus sensatos y generosos de

(3) *Journal des Débats*, 6 de septiembre de 1850.

Francia se asociaron á esos dolorosos recuerdos, y los legitimistas no fueron los últimos en rendir un tributo de respeto al rey á quien tanto habían combatido, pudiendo, con tal motivo, esperarse que aquellos sentimientos más equitativos facilitarían la paz entre los príncipes, la cual sería, á su vez, garantía de la paz del país.

Un incidente lamentable vino á turbar muy pronto estas esperanzas. Ya hemos dicho que el conde de



El conde de Chambord (según fotografía)

Chambord había condenado en Wiesbaden la política del *llamamiento al pueblo* preconizada por M. de Rochejaquelein. Casi inmediatamente envióse á los comités de provincias una circular firmada por M. de Barthelemy, secretario del comité legitimista de la calle de la Sourdiere, notificándoles aquella desaprobación y designando al propio tiempo cinco mandatarios que habían de ser en lo sucesivo los únicos órganos oficiales del pretendiente. Estos cinco intérpretes autorizados eran: el duque de Levis, el general de Saint-Prest, Berryer, el marqués de Pastoret y el duque de Cars. Aquel documento de forma seca y absoluta insistía en la necesidad de la disciplina, única capaz de restaurar el principio de autoridad, y recordaba que *ninguna individualidad*, fuera del conde de Chambord y de sus cinco representantes, tenía atribuciones para personificar la política realista. Fué achaque frecuente del partido legitimista comprometer con torpezas de lenguaje sus mejores probabilidades de éxito. La circular de M. de Barthelemy no habría tenido consecuencias si se hubiese mantenido confidencial; pero una indiscreción la entregó á los diarios, los cuales la publicaron en 20 de septiembre. Los comentarios de la prensa hicieron resaltar las expresiones poco afortunadas de la letra de aquel

documento y además exageraron sus tendencias hasta el punto de desnaturalizarlas. Decíase que la circular negaba el *derecho nacional* y se añadía ¿qué queda, pues, sino el *derecho divino*? Además, la designación de cinco personajes encargados de interpretar las instrucciones reales parecía una muestra de desconfianza hacia el resto del partido. M. de la Rochejaquelein, cuyas doctrinas eran duramente condenadas, lamentóse amargamente, y preciso es confesar que, por atrevido que fuese su sistema, los recuerdos que iban unidos á su nombre exigían quizás una desautorización más suave. Aquella malaventurada circular, considerada, indudablemente sin razón, como indicio de una política retrógrada, añadió un nuevo obstáculo á la tan difícil obra de la *fusión*.

Los jefes del partido quedaron consternados: creían arribar á puerto, y se veían lanzados nuevamente á alta mar; por esto M. de Vatimesnil decía á M. de Larcy, no sin alguna exageración: «Este es nuestro Waterloo (1).» Lo esencial era reparar cuanto antes la deplorable falta. En 24 de septiembre el general de Saint-Prest, uno de los mandatarios de Frohsdorf, rechazó terminantemente las doctrinas absolutistas, y al morir pocos días después la reina de los belgas, los legitimistas rezaron por ella como en otro tiempo habían rezado por su padre. En el mes de noviembre el servidor más ilustre de la monarquía de Julio, M. Guizot, comunicó al conde de Chambord, por mediación del duque de Noailles, una nota sobre la *fusión* (2) que aquél no vaciló en aprobar (3). Y como para mejor borrar el efecto de la circular Barthelemy, Berryer proclamó, dos meses después, desde la tribuna su adhesión á los principios de la sociedad moderna: «Poseídos de este espíritu, dijo, y de conformidad con estos principios fuimos á Wiesbaden á saludar á aquel que no puede pisar el suelo de esta Francia, que sus antepasados conquistaron, engrandecieron y constituyeron, si no es el primero de los franceses, el rey (4).» El conde de Chambord, en una carta fechada en Venecia, felicitó al gran orador: «¡Cuánto celebro que hayáis expresado tan bien esa política de conciliación, que es la mía! La monarquía no respondería á todas las necesidades de Francia si no estaba en armonía con su estado social, sus costumbres, sus intereses... Respeto á mi país tanto como le amo, y las máximas que tanto estima, la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia y el libre acceso de todos á los empleos públicos, son para mí tan queridos y tan sagrados como para vos. Fundar un gobierno regular y estable sobre la base de la monarquía hereditaria y bajo el amparo de las libertades públicas, sería el único objeto de mi ambición. Me atrevo á esperar que, con ayuda de todos los buenos ciudadanos y de todos los miembros de mi familia, no me faltarán valor ni perseverancia para realizar esta obra de restauración nacional (5).»

Así se expresaba en 23 de enero de 1851 el conde de Chambord. Mas como si una verdadera fatalidad pesa-

(1) Berryer, por M. de Lacombe, tomo III, pág. 56.

(2) Véase el texto de esta nota en las *Letras de M. Guizot á su familia et á sus amis*, pág. 308.

(3) Carta del duque de Chambord al duque de Noailles, 22 de diciembre de 1850.

(4) Sesión parlamentaria de 16 de enero de 1851.

(5) Carta del conde de Chambord á M. Berryer, 23 de enero de 1851.

ra sobre tan patrióticos propósitos, sobrevino una nueva causa de separación entre las dos ramas de la familia real. Un representante, M. Cretón, había presentado una proposición que abría nuevamente las puertas de la patria á los miembros de la familia de Borbón. Los legitimistas miraban esta proposición con indiferencia, pues entendían que su jefe no podía volver á su país sino como soberano; en cuanto á los príncipes de Orleans, soportaban con impaciencia el destierro. La proposición Cretón, por dos veces aplazada, fué puesta á la orden del día en 1.º de mayo de 1851, pero se pidió un nuevo aplazamiento que fué votado con el concurso de los partidarios de Enrique V. Los hijos de Luis Felipe sintieron vivamente aquel nuevo golpe que sobre ellos descargaba la suerte, y los diarios de su partido acentuaron sus lamentaciones; la prensa legitimista contestó con acritud y de nuevo se abrió el abismo que tal vez estaba á punto de llenarse.

Lo peor de los sentimientos de familia es que sobreviven casi siempre á los que les vieron nacer y tomar incremento. De una y otra parte, el respeto á los padres, el deseo de ocultar sus culpas, el temor de parecer confesar sus errores y sus faltas, todo conspira para acrecentar las susceptibilidades y para imprimirles una especie de carácter sagrado. Cuanto más rectas son las almas y más penetradas están del culto á los antepasados, más las dominan aquellos sentimientos y aquellas repugnancias. Durante todo el año de 1851 se había de hablar aún de la reconciliación de las dos ramas reales. Esta reconciliación fué, en París, tema diario de conversación en los salones: tan pronto la anunciaban como la desmentían, para volverla á anunciar. La *fusión*, siempre perseguida y nunca realizada, algo puesta en ridículo por los escépticos, acabó por pasar al estado de esos proyectos de que todo el mundo habla, que nadie quiere romper, pero que nadie se atreve á realizar.

IV

Lo que los partidos monárquicos intentaban en pro de su causa, Napoleón lo hacía para sí, y con más eficacia. El día después de la prórroga, salió de París, deseoso de recorrer las provincias y de exhibirse en ellas en medio del aparato de un jefe de Estado.

Hasta el itinerario de aquellas excursiones reveló una prudente habilidad. El presidente de la República hubiera podido ceder á la tentación de visitar desde luego los departamentos más favorables á la causa del orden y hacerse aclamar en ellos. Guardóse muy bien de hacerlo. Tenía el valor y el espíritu de la oportunidad, dos cualidades preciosas en un pretendiente; además sabía impresionar á la opinión con una aparente franqueza que se adelantaba á las prevenciones para desarmarlas. Resolvió ir á Lyon atravesando la Borgoña, pasar de allí al Franco Condado, y después á Alsacia y á Estrasburgo, para regresar luego á París. Eran las provincias más hostiles, las más infectadas por las doctrinas socialistas. Aquella oportuna osadía quitaba al primer viaje presidencial ese carácter de vulgaridad común á casi todos los viajes regio-

En Melún, Luis Napoleón hizo su primer alto para revistar las tropas de la guarnición. En el departamento

del Iona, uno de los que, en 1848, habían elegido al príncipe, el recibimiento fué favorable. El presidente de la República habló con veteranos del Imperio, distribuyó condecoraciones por actos de abnegación durante la última epidemia cólica, recibió á antiguos empleados y sobre todo á antiguos militares que deseaban hacer valer largos servicios nunca recompensados. En Montbard, los obreros contratados para la construcción del ferrocarril dieron gritos hostiles. Al llegar á Dijón, varios grupos de gente de blusa se agolparon en torno de la escolta, y marchando del uno al otro extremo del cortejo, trataron de organizar una manifestación tumultuosa: sin embargo, al día siguiente, la recepción fué comedida, hasta simpática y digna de aquella ciudad hospitalaria, elegante y culta. El departamento del Saona y Loira estaba agitado, aún más que el resto de la Borgoña, por las pasiones socialistas, y aquella región había venido á ser el cuartel general de la demagogía. Al mismo tiempo, por un extraño contraste, resultaba que en ninguna otra región de Francia había conservado más fielmente que aquella el culto de la leyenda imperial. En ninguna parte se detestaba más enérgicamente al antiguo régimen, á la Santa Alianza y á la bandera blanca. Allí fué donde Napoleón I, á su vuelta de la isla de Elba, levantó las más frenéticas aclamaciones. Todos aquellos instintos se mezclaban de un modo algo confuso en aquella población de barqueros, armadieros, obreros de fábrica y trabajadores del campo. De ahí impresiones contradictorias, aunque fáciles de explicar. En Chalons y en Mácon, la hostilidad dominó: en otras partes, las almas se enternecieron al solo recuerdo de Bonaparte, y una curiosidad respetuosa acogió al heredero de este gran nombre. Así llegaron á Lyon.

Lyon, ciudad consagrada á la industria del lujo, se halla interesada, más que ninguna otra, en el brillo del poder y en el mantenimiento de la paz. Desde el 24 de febrero, la voz de la pasión había ahogado muchas veces la voz del interés; y Luis Napoleón pudo sorprender todavía los síntomas de las agitaciones que habían reinado. Habiendo subido á la Croix-Rousse, se vió rodeado de una muchedumbre tumultuosa que le persiguió con sus clamores: además, el consejo municipal de La Guillotière se había negado á ir á recibir al primer magistrado de la República. A pesar de tales indicios de malevolencia, vióse pronto que aquellos actos de hostilidad no eran más que los últimos restos de ardores que se extinguían. No solamente en el seno de la burguesía, sino que también en la mejor parte de la población obrera, la acogida fué buena, hasta suntuosa, como convenía á tan rica ciudad. Recepciones, bailes, iluminaciones, festines, fiestas náuticas, nada faltó. Habiéndosele ofrecido un banquete en la Casa Consistorial, Luis Napoleón aprovechó la coyuntura para pronunciar uno de esos discursos de aparato en que tanto se distinguía: «No he venido, decía modestamente el príncipe, á estas comarcas en que el Emperador, mi tío, dejó huellas tan profundas, á fin de recoger solamente ovaciones y pasar revistas; el objeto de mi viaje es alentar con mi presencia á los buenos, atraer á los espíritus descarriados, juzgar por mí mismo de los sentimientos y necesidades del país.» Cuidadoso de marcar bien la diferencia que había entre los monárquicos y él, el presidente no dejaba de rendir homenaje á la soberanía nacional:

«No soy el representante de un partido, sino el representante de dos grandes manifestaciones nacionales que, en 1804 como en 1848, han querido salvar por medio del orden los grandes principios de la Revolución francesa. Orgulloso de mi origen y de mi bandera, les seré fiel; perteneceré enteramente a mi país, sea cual fuere lo que de mí exija, *abnegación ó perseverancia*.» El príncipe afirmó en términos muy explícitos su respeto a la legalidad: «Quizá hayan llegado hasta vosotros rumores de golpe de Estado; no les habéis dado crédito y os lo agradezco: las sorpresas y las usurpaciones pueden ser el sueño de los partidos sin apoyo en la nación. Pero el elegido por seis millones de sufragios ejecuta la voluntad del pueblo y no le hace traición.»

De Lyon, el presidente marchó a Estrasburgo por el Franco Condado. En esta última provincia, como en Borgoña, no le faltaron muestras de simpatía, aunque mezcladas con algunas manifestaciones muy diferentes. Los demagogos gritaban «¡viva la República social!», los demócratas moderados «¡viva la República!», los funcionarios y los guardias nacionales «¡viva el presidente!», los campesinos «¡viva Napoleón!» y los veteranos «¡viva el emperador!» En Besançon se reprodujeron los incidentes tumultuosos de la Croix-Rousse. Habíanse preparado dos bailes: uno en el Mercado, cuya entrada era libre; y otro en el teatro, al cual no se podía entrar sino con papeleta de invitación. Luis Napoleón fue primero al baile del Mercado, y el público se le echó encima de tal manera, que a los oficiales de su séquito les costó trabajo sacarlo ileso de allí. En el teatro, por el contrario, las aclamaciones fueron tanto más calurosas cuanto que los concurrentes quisieron protestar contra tan grosera agresión.

Alsacia, aquella robusta tierra de labradores y soldados, había tomado parte en la agitación socialista, muy viva entonces en ambas riberas del Rin. En las últimas elecciones había triunfado la candidatura demagógica. A la noticia de la visita del presidente, el consejo municipal de Estrasburgo había negado todo crédito para los gastos de su recepción. Varios consejeros del príncipe le inducían a que renunciase a aquella parte de su viaje, temiendo que su persona recibiese alguna ofensa ó que su dignidad se viese comprometida. Luis Napoleón no era hombre que siguiese tan tímidos consejos. Detenerse era reconocer de antemano su impopularidad. Las disposiciones generales que hasta entonces había encontrado eran, en suma, más bien benévolas que hostiles y le alentaban en su audacia. Quizá también experimentaba algún placer en ver de nuevo aquella vieja ciudad, testigo de las locas temeridades de su juventud. El 21 de agosto llegó a Estrasburgo. Los hechos justificaron su osadía. En aquella ciudad, que suponían gangrenada por el socialismo, las aclamaciones fueron tan numerosas como en todas partes. Obsequióse con un banquete al jefe del poder ejecutivo por una delegación del comercio y de la industria locales. El presidente brindó por Alsacia y por Estrasburgo: hizo protestas de respeto a la soberanía popular, y añadió «que el título que más ambicionaba era el de hombre honrado.» Después de su visita a Estrasburgo, Luis Napoleón atravesó rápidamente la Lorena y la Champaña. El 28 de agosto estaba otra vez en París.

De allí volvió a partir el 9 de septiembre. Esta vez dirigióse hacia Normandía. En aquellas hermosas provincias del Oeste abundaban demasiado los entendimientos claros para no comprender que la paz es la mejor garantía de las riquezas, y había demasiadas riquezas para que no se deseara la paz. El papel del príncipe era, pues, muy fácil. Aprovechó aquellas disposiciones más favorables para revelar parte de sus designios. Hízolo en dos discursos muy estudiados, muy hábiles, y que marcan bien la marcha ascendente de su fortuna. El primero de sus discursos fué pronunciado en Caén: «Lo que en mí aclaman, decía el presidente, es al representante del orden y de un porvenir mejor.

»Cuando atravieso vuestras poblaciones, rodeado de hombres que merecen vuestro aprecio y vuestra confianza, me complace oír decir: Pasaron los días aciagos; los esperamos mejores.

»Así es que, cuando la prosperidad parece renacer en todas partes, sería muy culpable el que intentase detener su desarrollo con el cambio de lo existente, por imperfecto que pueda ser.

»Del mismo modo, si hubieran de reaparecer días borrascosos y el pueblo quisiese *imponer una nueva carga al jefe del gobierno, este jefe, a su vez, sería muy culpable si rehuyera esa alta misión.*

Luis Napoleón indicaba claramente con estas palabras que se prestaría a un aumento ó a una renovación de sus poderes. Dos días después, en Cherburgo, fué todavía más explícito: «Cuanto más recorro la Francia, más me apercibo de que se espera mucho del gobierno. No cruzo departamento, ni ciudad, ni aldea, sin que los alcaldes, los consejeros generales y hasta los representantes me pidan: aquí, vías de comunicación, como canales ó ferrocarriles; allí, la terminación de obras empezadas; en todas partes, medidas que puedan remediar los sufrimientos de la agricultura y dar vida a la industria y al comercio.

»Nada más natural que la manifestación de esos deseos: no les hago oídos sordos, podéis creerlo; pero, a mi vez, debo deciros que esos resultados tan deseados no se obtendrán si no me facilitáis el medio de realizarlos; y este medio se halla enteramente en vuestro concurso *para fortalecer el poder y apartar los peligros del porvenir...*

Este lenguaje, tan audaz hasta en su reserva, encontraba su justificación en el sentimiento público. En el momento en que el presidente hablaba de este modo, cincuenta y dos consejos generales acababan de formular un voto para la revisión de la Constitución; y, en el ánimo de la mayoría, esta revisión tenía sobre todo por objeto el permitir la reelegibilidad del jefe del Estado, prohibida por el artículo 45 del pacto fundamental. Tres consejos hasta se habían tomado el trabajo de precisar sobre esto su voluntad. Los discursos de Caén y de Cherburgo eran como una respuesta a las deliberaciones de las asambleas departamentales.

El 12 de septiembre, Luis Napoleón regresó a la capital. Podía ufanarse de que sus viajes no habían sido infructuosos. Sabiendo muy bien que a los pueblos les gusta siempre ver de cerca al representante del poder, se había puesto en relación directa con la nación. Había arrostrado valerosamente las pasiones, y, arrostrándolas, las había desarmado en parte. Con sus discursos

había halagado y tranquilizado a la vez al país: lo había halagado con la hábil invocación de los recuerdos revolucionarios y de la soberanía nacional; lo había tranquilizado con la reiterada promesa del orden y de la paz. En aquella época operóse hasta en las costumbres del lenguaje un cambio que indicaba por sí solo las nuevas tendencias de la opinión. Durante los primeros tiempos que siguieron a su elección, el presidente de la República se había llamado modestamente *M. Luis Bonaparte*: después se le llamó *Luis Napoleón*: poco a poco se adquirió la costumbre de designarlo con el nombre de *príncipe*. En el doble viaje que acababa de hacer por el Este y el Oeste, los prefectos y los administradores, en sus conversaciones particulares con él, habían substituído a veces los tratamientos democráticos por el de *monseñor*. Las poblaciones habían acudido a verle pasar como se acude a ver pasar un soberano. ¡Soberano!, no lo era todavía, y para llegar a serlo le quedaban muchos obstáculos que vencer; pero, a pesar de lo que rezaba la Constitución, Luis Bonaparte no era ya un simple magistrado electivo y temporal. Aquella transformación se operaba gradualmente en las costumbres antes de consumarse por la fuerza. En cuanto a la República, aún duraba; pero el aclamarla parecía ya faccioso.

V

Yendo al extranjero a conferenciar con varios príncipes, los amigos de la legitimidad y del orleanismo tenían por mira una restauración más ó menos remota. Viajando por provincias, el presidente de la República se proponía popularizar su persona y facilitar la renovación de su mandato. Estas maniobras eran correctas, y la Constitución, por el mero hecho de ser revisable, las autorizaba. De vuelta en París, Luis Napoleón quiso hacer más. El pueblo y el ejército eran las dos fuerzas en que a él le gustaba apoyarse. Con sus peregrinaciones, discursos y promesas había procurado atraerse las masas. Faltábale conquistar el ejército.

La verdad es que a ello se aplicaba hacia tiempo. Aunque magistrado civil, vestía a veces de uniforme. Sus amigos acostumbraban elogiar sus conocimientos militares. Sabíase que en su juventud había escrito un *Manual de artillería*. Durante la expedición de Roma no vaciló en tomar la defensa del general Oudinot que la Asamblea censuraba. El proyecto del general Hautpoul aumentando la paga de los sargentos demostraba una solicitud que nadie juzgó desinteresada. En el mes de julio celebráronse en el Elíseo banquetes en que oficiales y sargentos se mezclaron y confundieron a la propia mesa del presidente. No siendo esto bastante, el príncipe quiso pasar una serie de revistas para ponerse en comunicación directa con los soldados.

La estación otoñal favorable para la reunión de tropas, la utilidad de las maniobras de conjunto, la satisfacción de desplegar en presencia de los parisienses y de los extranjeros el imponente aparato de nuestro ejército, todo justificaba aquellas fiestas militares. Lo que no se justificó tanto fué el carácter insólito que se les dió.

Hubo cuatro grandes revistas sucesivas. Las dos primeras no tuvieron trazas de haber preocupado a la opi-

nión. Pero no sucedió lo mismo con las otras dos. El 4 de octubre, habiéndose reunido cuatro brigadas en Saint-Maur, las tropas, en el momento del desfile, dieron los gritos de «¡viva Napoleón!» «¡viva el Presidente!» Terminado el desfile, gratificóse a los soldados con una distribución de carne pagada por el príncipe, y se les dió además doble ración de vino. En cuanto a los oficiales y a la mayor parte de los sargentos, se les obsequió sobre el terreno con una merienda, acompañada de vino de Champaña. Aquellos incidentes, aunque vivamente comentados, no tenían hasta entonces nada de muy alarmante. Los más indulgentes hasta juzgaron que era algo pueril el convertir en tentativa de soborno un celo bastante legítimo con soldados cansados de una penosa jornada. Desgraciadamente, esta apreciación, de una equidad benévola, no pudo sostenerse mucho tiempo. Habiéndose celebrado otra revista el 10 de octubre en Satory, iguales prácticas se renovaron con agravación. A las diez de la mañana las tropas se reunieron en el campo de maniobras. La infantería formaba una división de nueve batallones, mandada por el general Neumayer. La caballería era excepcionalmente numerosa, pues las guarniciones de Melun, Meaux, Fontainebleau y de poblaciones aún más remotas habían sido convocadas: encontráronse reunidos cuarenta y ocho escuadrones. Las tribunas estaban atestadas de curiosos, atraídos no tanto por la belleza del espectáculo cuanto por la idea de los incidentes que se esperaban. En el exterior el gentío era inmenso. A las diez y media llegó el general Changarnier, y, momentos después, el presidente. Empezaron las evoluciones, y a pesar del mal estado del terreno reblandecido por las últimas lluvias, fueron precisas y brillantes. Esperábase el desfile. La infantería desfiló la primera en un orden perfecto y un silencio profundo. Siguió la caballería, y en seguida la escena cambió. Los dos regimientos de carabineros y un regimiento de coraceros dieron, a una señal de sus oficiales, los gritos de «¡viva Napoleón!» «¡viva el Presidente!» Otro regimiento de coraceros, que no recibió impulso alguno, pasó sin hacer la menor manifestación. Con los dragones, los lanceros y los húsares, las aclamaciones se repitieron, siguiendo las tropas el ejemplo de sus jefes. Notóse que un jefe de escuadrón, volviéndose hacia sus jinetes y blandiendo el sable, dió el grito de «¡viva el Emperador!» grito que sus hombres repitieron tras él. Después del desfile procedióse, como en la revista anterior, a distribuciones excepcionales de víveres y vino. La muchedumbre se retiró comentando con animación los incidentes de la jornada.

Alarmarse antes, hubiera sido quizá prematuro. Después de la última revista de Satory, los temores tenían fundamento. La Comisión permanente que representaba a la Asamblea durante el interregno parlamentario no había esperado hasta entonces para ocuparse de la actitud y de los manejos del presidente. El 7 de octubre, tres días después de la revista de Saint-Maur, había llamado al general Hautpoul, ministro de la Guerra. ¿Por qué aquellas distribuciones suplementarias? ¿Por qué aquella confusión de oficiales y sargentos participando de las mismas liberalidades? ¿Por qué aquellos gritos estando sobre las armas? ¿Habían sido ordenadas las aclamaciones? Y si no, ¿se había castigado a sus